La caja del tamaño de una palabra

Obra original de Shyvirelle

Reparto y preparación

IRENE. Entusiasta, muy hábil para convertir cualquier detalle en un plan demasiado grande.

BRUNO. Preciso y amable, convencido de que todo regalo debe venir con instrucciones claras.

SOFÍA. Amiga de ambos. Disfruta de la compañía, pero no de que decidan por ella.

Duración orientativa: 8–10 minutos, según pausas y ritmo de los intérpretes.

Espacio único: una mesa y tres sillas. Se puede sugerir una sala de reuniones, una cocina o un cuarto común. No hace falta decorado adicional.

Utilería: una caja pequeña de papel con tapa, dos tarjetas de papel en blanco y dos lápices. Solo entran en la caja las tarjetas con palabras escritas; ningún objeto de regalo. La caja debe poder abrirse y cerrarse fácilmente. No es necesario que el público lea las tarjetas: los personajes pronuncian las dos palabras en voz alta.

Movimiento: todos los desplazamientos son cortos alrededor de la mesa. La comedia depende de las reacciones y de los cambios de intención, no de trucos ni de coreografía.

Escena única

Al abrirse la escena, IRENE está sentada frente a una caja diminuta. BRUNO, de pie al otro lado de la mesa, sostiene una tarjeta en blanco. Hay una silla libre. Ambos intentan comportarse como si la caja fuera un objeto muy importante.

IRENE. No la mires de esa forma.

BRUNO. ¿De qué forma?

IRENE. Como si fuese a pedir disculpas por su tamaño.

BRUNO. Es que la caja es más pequeña que mis disculpas.

IRENE. La caja es perfecta. El problema son tus ideas.

BRUNO. Yo había pensado regalarle una planta.

IRENE. Una planta no cabe.

BRUNO. Una semilla.

IRENE. Nos dijo que no quería objetos.

BRUNO. Una semilla todavía no es un objeto grande.

IRENE. Es un objeto pequeño. La condición era clara: dos palabras escritas. Una tuya, otra mía. Nada más.

BRUNO. Sofía se arrepentirá de habernos puesto condiciones.

IRENE. Ya se está arrepintiendo. Todavía no ha entrado y hemos hablado de una planta que no existe.

IRENE levanta la tapa. BRUNO se inclina para mirar el interior vacío.

BRUNO. Podríamos escribir «planta».

IRENE. No. Eso sería esconder una semilla imaginaria en la caja. Hay que pensar en lo que queremos decirle.

BRUNO. Quiero decirle que nos importa.

IRENE. Eso son cuatro palabras.

BRUNO. Contando «que».

IRENE. Contando todas. Cada uno tiene una.

BRUNO. El límite está perjudicando a la amistad.

IRENE. El límite está salvando a la amistad de tu planta.

IRENE toma un lápiz y escribe una palabra en su tarjeta, protegida de la mirada de BRUNO. La dobla una sola vez y la deja junto a la caja.

BRUNO. ¿Ya?

IRENE. Ya.

BRUNO. ¿Cuál?

IRENE. Tienes que escribir la tuya sin copiarme.

BRUNO. No puedo copiar una palabra que no conozco.

IRENE. Eres perfectamente capaz de hacerlo por accidente.

BRUNO se sienta, piensa y escribe. Revisa el tamaño de su letra, borra un punto invisible y vuelve a escribir exactamente lo mismo.

IRENE. Las palabras no necesitan un informe de mantenimiento.

BRUNO. La mía tiene consecuencias.

IRENE. Todas las palabras las tienen.

BRUNO. Esta, en particular, podría programar algo.

IRENE. Me preocupa que hayamos escrito lo mismo.

Se intercambian las tarjetas. Cada uno lee en silencio la del otro. Las caras cambian al mismo tiempo.

BRUNO. «AQUÍ».

IRENE. «MAÑANA».

Se miran, desconcertados.

BRUNO. ¿Aquí? ¿En esta mesa exacta? La silla tiene una pata corta.

IRENE. No hablo de la silla. Quiero decirle que siempre hay un lugar para ella con nosotros.

BRUNO. Entonces deberíamos buscar una mesa que no cojee. Si le ofrecemos un lugar, debe ser un lugar seguro.

IRENE. Es una palabra de cariño, no una inspección de muebles.

BRUNO. Un cariño que empieza con una silla inestable corre cierto riesgo.

BRUNO comprueba con el pie que la silla vacía apenas se mueve. La deja como estaba.

IRENE. ¿Y «mañana»? ¿Vas a darle un regalo que solo comienza mañana? ¿Vamos a decirle hoy que debe esperar hasta mañana para saber qué recibe?

BRUNO. Pensaba que mañana podríamos desayunar juntos.

IRENE. Entonces escribiste el calendario, no la invitación.

BRUNO. Una invitación sin día es una promesa de esas que nunca se cumplen.

IRENE. Una invitación con día fijo puede ser una orden si nadie le pregunta.

BRUNO. Precisamente por eso quería poner una sola palabra. No hay forma de ordenar nada con «mañana».

IRENE. Acabas de demostrar que sí.

IRENE se levanta, coloca las dos tarjetas sobre la mesa y las separa como si fueran dos piezas de un rompecabezas demasiado pequeño.

IRENE. Miradas juntas, parecen una indicación: aquí, mañana.

BRUNO. También podrían ser el comienzo de una frase: «Aquí mañana estará terminado el arreglo de la silla».

IRENE. Deja en paz la silla.

BRUNO. La silla necesita apoyo.

IRENE. Sofía también. Pero no de la misma manera.

Pausa. Ambos observan la caja.

BRUNO. Tal vez deberíamos cambiar las palabras.

IRENE. ¿Por cuáles?

BRUNO. «Libre».

IRENE. ¿Y la otra?

BRUNO. «Horario».

IRENE. Peor. Suena a un anuncio de clases.

BRUNO. «Juntos» y «cuando».

IRENE. Eso suena a una frase que se quedó sin terminar.

BRUNO. ¿No era esa la idea de la caja? Que lo que falta lo ponga ella.

IRENE abre la boca para discutir, pero se detiene. Toma su tarjeta, la coloca dentro de la caja y espera. BRUNO añade la suya.

IRENE. Entonces no cambiemos nada.

BRUNO. ¿Seguro?

IRENE. No. Pero por primera vez no estamos preparando una explicación de seis páginas.

BRUNO. Podríamos preparar una explicación pequeña.

IRENE. Nada de explicaciones antes de que abra la caja.

Se oye un golpe suave en la puerta, o SOFÍA llama desde fuera. IRENE y BRUNO se quedan inmóviles, como si hubieran sido sorprendidos escondiendo un piano.

SOFÍA. (Desde fuera.) ¿Puedo entrar o todavía están construyendo algo?

IRENE. ¡Entra!

SOFÍA entra. Mira la caja, la mesa y las expresiones de ambos.

SOFÍA. Veo que han respetado mi petición de no regalarme cosas enormes.

BRUNO. Lo intentamos.

SOFÍA. ¿Por qué dices «intentamos» como si hubiera una maceta bajo la mesa?

IRENE. Porque Bruno tuvo una idea de ese tamaño.

BRUNO. La descarté antes de comprarla.

SOFÍA. Eso ya es un regalo. Ahorro de espacio.

SOFÍA se sienta en la silla vacía. BRUNO quiere sujetarla, recuerda la discusión y deja las manos a los lados.

SOFÍA. ¿Es para mí?

IRENE. Sí. Una palabra de cada uno. Escrita. Sin objetos.

SOFÍA. ¿Las tarjetas no cuentan como objetos?

BRUNO. Son el soporte legal de las palabras.

SOFÍA. Entiendo. Es una caja con dos abogados.

SOFÍA abre la tapa, extrae la primera tarjeta y la lee claramente para el público.

SOFÍA. «AQUÍ».

Extrae la segunda.

SOFÍA. «MAÑANA».

Un silencio breve. IRENE intenta no intervenir; BRUNO se aprieta las rodillas con las manos.

SOFÍA. Qué regalo tan curioso.

IRENE. (Conteniéndose.) Puedes interpretarlo como quieras.

BRUNO. Por supuesto, aunque…

IRENE. Bruno.

BRUNO. No he dicho nada.

SOFÍA. Iban a darme una explicación, ¿verdad?

IRENE. Dos. Contradictorias.

SOFÍA. Mejor. Déjenme intentar una tercera.

SOFÍA coloca las tarjetas sobre la mesa, una al lado de la otra, con espacio entre ambas.

SOFÍA. Aquí. Mañana. Podrían estar invitándome a venir mañana a esta misma mesa.

BRUNO. Eso se parece mucho a…

IRENE. Bruno.

BRUNO. A una posibilidad. Me encanta la palabra «posibilidad».

SOFÍA. Pero mañana tengo que llevar a arreglar la bicicleta. No sé a qué hora terminaré. Si convierto esto en una cita obligatoria, dejará de gustarme.

IRENE. No queremos obligarte.

BRUNO. Ni siquiera sabemos si esta silla seguirá aquí.

SOFÍA. Pues entonces es sencillo. Lo que me ofrecen no es un desayuno ni un sitio reservado. Es una invitación abierta a volver a encontrarnos. Yo puedo aceptarla o dejarla sobre la mesa.

Coloca las dos tarjetas dentro de la caja y deja la tapa a un lado. IRENE y BRUNO la miran, pendientes de su decisión.

IRENE. ¿Y qué decides?

SOFÍA. Hoy la dejo aquí. Así mañana, cuando termine con la bicicleta, puedo pasar y decidir si tengo ganas de conversar. Si no vengo, no significa que los quiera menos.

BRUNO. ¿Y si no estamos?

SOFÍA. Entonces estarán haciendo otra cosa, que también está permitido.

BRUNO asiente. IRENE coloca la tapa debajo de la caja para que no se caiga.

IRENE. Nunca había tardado tanto en entender dos palabras.

SOFÍA. Me viene bien. Hicieron algo que cabe en mi mesa y no me ocupa la semana.

SOFÍA se levanta y da un paso hacia la salida. IRENE y BRUNO siguen sentados.

SOFÍA. Por cierto, esta silla sí cojea.

BRUNO. ¡Lo dije!

SOFÍA. No se preocupen. Mañana quizá traiga un papel para doblar debajo de la pata. Papel, no un objeto de regalo.

IRENE. Es soporte legal para la silla.

Los tres ríen. SOFÍA sale. IRENE y BRUNO observan la pequeña caja abierta sobre la mesa.

BRUNO. ¿La cerramos?

IRENE. No. Si alguien quiere aceptar una invitación, tiene que poder verla.

BRUNO retira la mano de la tapa. La caja queda abierta, con las dos tarjetas dentro. Oscuro.